

# El elefante azul

En Purshedasi, cerca de la región de Vararasi, al oeste de la India, la segunda semana de la primavera de 1903 los doscientos veinticinco habitantes de la aldea se despertaron sudorosos y asustados en sus humildes lechos de madera. Habían tenido un horrible sueño. En él un elefante enorme entraba en sus viviendas y ellos se convertían en pequeñas ranas pisoteadas por el gigantesco paquidermo.

Tapu, de la tienda de tintes para tejidos, se lo contó a Matja, el carnicero. Este quedó tan sorprendido por la casualidad que la difundió a su vez entre sus clientes, que quedaron igualmente anonadados. Por fin, un pequeño grupo decidió contárselo al responsable de la comunidad, el viejo y venerable Vashi, que convocó de inmediato una reunión de urgencia en la Casa Grande.

-Hermanos, esta noche, como ya algunos sabéis, ha ocurrido algo extraordinario. Muchos de nosotros hemos tenido el mismo sueño y en calidad de responsable de vuestras vidas y la mía me propongo desentrañar su significado, pues intuyo que algún mal se cierne sobre nuestras tranquilas existencias. Os voy a contar la historia que ya varios de vosotros me habéis relatado y que yo mismo he vivido. En mi sueño un elefante de color azul entraba en las casas del pueblo y trituraba bajo sus enormes patas a todos los habitantes, convertidos en ranas de un vistoso color verde. Quiero que levantéis la mano los que hayáis tenido esta misma visión.

Hubo unos momentos de silencio y después unos murmullos. Nadie levantó la mano. Vashi, sorprendido, se rascó la rapada cabeza y habló de nuevo.

-Queridos hermanos, ¿cómo es posible que nadie levante la mano cuando algunos de vosotros, aquí presentes, me habéis narrado este mismo sueño?

-Maestro y padre -respondió Tapu-, ha indicado que levantásemos la mano los que hubiéramos tenido el mismo sueño y en el mío no recuerdo que el elefante fuera azul. No sé de qué color era, pero sí que llevaba un gran cascabel con el que hacía un ruido horrible.

-Maestro, en el mío el elefante era azul, sí, pero una de las orejas era de color rojo chillón -manifestó Sherithura, el vendedor de aceite.

-En el mío las ranas tenían tres rayas negras en la pata derecha.

-Yo soñé que nuestras casas no tenían ventanas, pero estaban bañadas de una luz inmensa.

-Y yo que las ventanas tenían unas cortinas que semejaban nubes.

-Y yo que el elefante tenía un cuerno con un complicado dibujo dorado.

Atropellándose, los doscientos veinticuatro habitantes de Purshedasi, desde los niños de tres años a los ancianos de ciento diez, incluyendo a Thari, la muda, que explicó su sueño con gran profusión de gestos y sonidos, fueron desgranando los recuerdos de la visión de aquella noche. Cuando parecía que la imagen ya estaba fijada y analizada en sus más mínimos detalles, surgía otra voz que añadía algo nuevo que los demás no recordaban o habían visto diferente. Athami, el escribiente, fue tomando nota durante cuatro largos días de todas y cada una de las versiones, incluyendo la suya

propia y la de Vashi, y éste prometió estudiar aquellos doscientos veinticinco sueños y hallar una conclusión acerca de su significado.

A los tres días, sin haber comido ni bebido en todo este tiempo, inmerso desde un amanecer hasta el siguiente en los sueños de los vecinos de Purshedasi, Vashi congregó de nuevo a todo el pueblo. Creía haber conseguido una interpretación en la que todos los detalles encajaban como colores en un tapiz bien combinado.

-Hermanos -empezó Vashi, mientras el pueblo entero contenía la respiración- creo haber dado con la solución a esta terrible duda que nos desvela. Los sueños contienen una advertencia. Dentro de cuatro noches un terrible ciclón asolará nuestra aldea. Cada hombre, mujer, anciano o niño debe estar preparado para recibir esta desgracia y gracias a la voluntad de todos espero que no se pierda ninguna vida.

A partir de este aviso la actividad en el tranquilo poblado fue frenética. Todo el mundo se apresuró a reforzar sus casas y las cuadras de sus animales. Se recogió la mayor parte de la cosecha y los más temerosos enterraron sus pertenencias en distintos lugares del bosque, cuidando de guardarse un pequeño plano que marcaba con cruces su ubicación. Para preservar las vidas de los habitantes del pueblo, el anciano y sabio Vashi hizo acondicionar la cueva del cojo, un refugio en lo alto de la montaña desde el que se divisaba el valle.

Como nadie sabía cuánto iba a durar el ciclón, los habitantes de Purshedasi llevaron a la cueva toda la comida que pudieron transportar. Tantas provisiones se guardaron que, tras comprobar el día antes de la anunciada tragedia que era imposible

con tal acumulación de alimentos que el pueblo entero cupiese en el refugio, se decidió sacrificar el estómago a costa de no dormir al raso.

El cuarto día por la mañana, tras una noche de desvelos, pesadillas y agónicos despertares, el pueblo se congregó por fin en la cueva. Hombres, mujeres, ancianos, niños y algún perro decidido a no abandonar bajo ninguna condición a sus amos se reunieron en la montaña. Esperaron todo el día, apretujados y sudorosos, llorando a ratos, sintiéndose profundamente desgraciados. El día, mientras tanto, fue cayendo y cayendo hasta que quedó convertido en una delgada línea ardiente que se extinguió y dio paso a una noche hermosa y estrellada.

Los habitantes de Purshedasi durmieron como pudieron aquella jornada, turnándose, porque el suelo de la cueva no era suficiente para que todos pudieran descansar a la vez. Se sentían terriblemente cansados, pero nadie quería salir de allí.

Al día siguiente, con un sol radiante, el desconcierto del pueblo era total. Nada había ocurrido, pero nadie osó moverse. Tampoco ocurrió nada el día que le sucedió, ni al otro. Cuatro días después los habitantes ya habían salido de la cueva, abrumados por el calor de tantos cuerpos, doloridos por el mal dormir y hambrientos. Ya nadie creía en la predicción que Vashi había realizado del sueño del elefante azul, pero por respeto al guía de la comunidad habían decidido permanecer en la montaña al menos tres días más. Cuando se cumpliera la semana bajarían de nuevo al pueblo, pues las provisiones se estaban acabando y los niños y los ancianos estaban cansados de reposar en el frío y duro suelo de la cueva.

Vashi también había salido del refugio en la roca y se paseaba, mohíno y cabizbajo, por sus alrededores, repasando las notas con los sueños de los habitantes de Purshedasi. No entendía en qué podía haberse equivocado ya que una y otra vez llegaba a la misma conclusión, pero conforme pasaban los días se sentía más y más triste y se convencía de que quizás estaba demasiado viejo y cansado para seguir dirigiendo al pueblo. Notaba que los vecinos le miraban con desconfianza y éstos, a su vez, observaban las penosas condiciones del anciano, cuyos huesos, resentidos por la humedad de la cueva, le hacían caminar tan encorvado como si estuviera buscando caracoles.

El séptimo día llegó por fin. Los habitantes recogieron las pocas pertenencias que habían podido llevar y se dispusieron a regresar al pueblo. Todos esperaron a que comenzara a anochecer antes de volver a sus casas, pues nadie deseaba humillar al pobre Vashi, cuyo carácter se había ido enrareciendo día tras día y había cogido la costumbre de murmurar a solas, haciendo marcas en la tierra con un palo.

Cuando la panza de las nubes se hubo teñido de un rojo intenso, los habitantes de Purshedasi se congregaron enfrente de la cueva, listos para partir. Empezaban a bajar la ladera cuando el cielo se oscureció de pronto. Todos se asustaron y miraron hacia arriba, pero no era sino que estaba a punto de ponerse a llover. Ninguno se extrañó, pues al fin y al cabo el monzón estaba cerca y era habitual que viniera precedido por pequeñas tormentas. Pero a los diez minutos la descarga de agua era tan intensa que no pudieron continuar la marcha y tuvieron que volver al refugio, dándose las manos y

arrastrándose sobre el barro, pues la fuerza de la lluvia era tal que hacía imposible caminar erguido.

Vashi se lamentaba en el fondo de la cueva, sintiéndose viejo e inútil, cuando vio aparecer un niño en la entrada, envuelto en barro. Le seguían los otros doscientos veintitrés habitantes de la aldea, cogidos de las manos e igualmente cubiertos de cieno desde la cabeza a los pies. Durante al menos una hora siguió lloviendo sin tregua y todos se apretujaron en el interior de la caverna, temerosos de la brutalidad de la tormenta.

Al finalizar la descarga Rama, el panadero, se asomó a la entrada con cautela. Todavía había algo de luz en el cielo, ahora despejado, y uno a uno los empapados habitantes de Purshedasi fueron abandonando la oscuridad. Las casas, al fondo del valle, no habían sufrido desperfectos. Algunos árboles pequeños estaban caídos y unos pocos troncos mal colocados se habían desplomado, pero nada más.

La aldea estaba a salvo y todos respiraron con alivio y se dispusieron a bajar de nuevo. Pero les detuvo un rugido atronador que nacía de las montañas Purshi, las que daban nombre al pueblo. El único que no había abandonado la cueva, el frágil y envejecido Vashi, salió rápidamente para descubrir de dónde provenía ese terrible sonido. Horrorizados, los habitantes de Purshedasi vieron cómo de la más grande de las montañas Purshi bajaba un caudaloso río de agua que se dirigía al poblado.

-Parece la trompa de un elefante -sugirió uno de los pequeños gemelos de Matja, y los habitantes de Purshedasi comprendieron que su sueño se estaba cumpliendo.

Todo sucedió muy rápido. Tras la imaginaria trompa surgió una bolsa de agua semejante a una oreja, después otra, y al fin un enorme cuerpo acuático que finalizaba en una cola larguísima, un fino reguero que seguía la estela del gran animal. En cuestión de segundos todos reconocieron al elefante de sus sueños y se abrazaron, temblorosos. El gigantesco elefante corrió como una pesadilla azul hacia el fondo del valle, donde se precipitó y explotó con gran fuerza, arrollando todo lo que encontró a su paso. El pueblo se convirtió en una gran charca oscura en la que flotaban unas pocas palmeras hermosamente verdes, como ranas en una charca.

Vashi, conmocionado por lo ocurrido, se dejó caer al suelo y se cubrió el rostro con las manos. Los desconfiados habitantes de Purshedasi se arrepintieron de haber dudado del viejo guía y se arrodillaron a sus pies, uno por uno y formando una larga hilera, mientras el viejo Vashi no dejaba de llorar. Sus lágrimas eran pequeños elefantes corriendo hacia la hierba verde.